

Arthur Conan Doyle

El Paciente Interno



E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El Paciente Interno



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PACIENTE INTERNO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1893

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT COMPANY, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL PACIENTE INTERNO

Al hojear la algo incoherente serie de Memorias con las que he procurado ilustrar algunas de las peculiaridades mentales de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, me ha sorprendido la dificultad que he experimentado para seleccionar ejemplos que respondan en todos los aspectos a mi propósito. Pues en aquellos casos en los que Holmes ha realizado auténticos tour de force en el razonamiento analítico y ha demostrado el valor de sus peculiares métodos de investigación, los hechos en sí han resultado a menudo tan insignificantes o tan comunes que no me habría sentido justificado en exponerlos al público. Por otro lado, ha acontecido frecuentemente que se ha visto implicado en investigaciones en las que los hechos eran de un carácter extraordinariamente notable y dramático, pero en las que la participación que él mismo tuvo en determinar sus causas fue menos relevante de lo que, como su biógrafo, hubiese deseado. El pequeño asunto que he relatado bajo el título de "Estudio en escarlata", y aquel otro posterior relacionado con la pérdida del Gloria Scott, pueden servir como ejemplos de este Escila y Caribdis que amenaza constantemente al historiador. Puede ser que en el caso del que estoy a punto de escribir la participación que jugó mi amigo no se acentúe lo suficiente; y sin embargo, toda la cadena de circunstancias es tan notable que no puedo omitirla por completo de esta serie.

Había sido un día gris y lluvioso de octubre. Nuestras persianas estaban a medio cerrar, y Holmes yacía encorvado en el sofá, leyendo y releiendo una carta que había recibido en la

correspondencia matutina. En lo que a mí respecta, mi servicio en la India me había entrenado para soportar el calor mejor que el frío, y un termómetro a 90 grados no suponía dificultad alguna. Pero el periódico no era interesante. El Parlamento se había levantado. Todo el mundo estaba fuera de la ciudad, y yo anhelaba los claros del New Forest o las piedras de Southsea. Una cuenta bancaria vacía me había obligado a posponer mis vacaciones, y en cuanto a mi acompañante, ni el campo ni el mar le ofrecían la menor atracción. Le encantaba residir en el mismísimo centro de cinco millones de personas, con sus filamentos extendiéndose y recorriéndolos, atentos a cada pequeño rumor o sospecha de un crimen sin resolver. La apreciación de la Naturaleza no tenía cabida entre sus múltiples dones, y su único cambio se daba cuando desviaba su mente del malhechor de la ciudad para perseguir a su hermano del campo.

Al ver que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, yo había dejado de lado el insulso periódico y, recostado en mi silla, me sumí en una ensoñación. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos.

—Tienes razón, Watson —dijo él—. Parece un modo realmente absurdo de resolver una disputa.

—¡Absolutamente absurdo! —exclamé, y de pronto, al darme cuenta de que había reproducido el pensamiento más íntimo de mi alma, me enderecé en mi silla y lo miré con perpleja asombro.

—¿Qué significa esto, Holmes? —grité—. Esto supera todo lo que pudiera haber imaginado.

Él se rió a carcajadas ante mi desconcierto.

—¿Recuerdas, Watson, que hace poco te leí un pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un razonador sagaz deduce el pensamiento no expresado de su interlocutor? Tú te mostraste inclinado a tratar el asunto como una mera exhibición de destreza del autor. Al comentar yo que tenía la costumbre de hacer lo mismo, expresaste tu incredulidad.

—¡Oh, no!

—Quizá no con la lengua, querido Watson, pero ciertamente con las cejas. Así que cuando te vi dejar caer el periódico y adentrarte en una ensoñación, me alegró mucho tener la oportunidad de leerla y, eventualmente, de intervenir, para demostrarte que había logrado sintonizar contigo.

Pero aún no estaba satisfecho.

—En el ejemplo que me leíste, —dije— el razonador sacó sus conclusiones a partir de las acciones del hombre al que observaba. Si mal no recuerdo, tropezó con un montón de piedras, alzó la vista hacia las estrellas, y así sucesivamente. Pero yo me había quedado sentado tranquilamente en mi silla; ¿qué señales pude haberte dado?

—Te estás haciendo un flaco favor. Los rasgos se otorgan al hombre como medio para expresar sus emociones, y los tuyos son fieles servidores.

—¿Quieres decir que dedujiste mi ensoñación por mis rasgos?

—Por tus rasgos, y sobre todo por tus ojos. ¿Acaso no recuerdas cómo comenzó tu ensimismamiento?

—No, no lo recuerdo.

—Entonces te lo contaré. Después de dejar caer tu periódico —acción que captó mi atención— te quedaste sentado durante medio minuto con una expresión vacía. Luego tus ojos se fijaron en el recién montado retrato del general Gordon, y noté, por el cambio en tu semblante, que se había iniciado un proceso de pensamiento. Pero no avanzó mucho. Tus ojos se dirigieron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher que se alzaba sobre la cima de tus libros. Entonces alzaste la vista hacia la pared, y, por supuesto, se entendía tu intención. Estabas pensando que, si el retrato tuviera marco, cubriría aquel espacio desnudo y armonizaría con la imagen de Gordon allá.

—¡Me has seguido a la perfección! —exclamé.

—Hasta aquí no pude haberme equivocado. Pero luego tus pensamientos volvieron a Beecher, y miraste fijamente, como si estudiases su semblante. Después tus ojos dejaron de entrecerrarse, pero seguiste mirando fijamente, y tu cara se volvió pensativa. Recordabas los incidentes de la carrera de Beecher. Yo sabía muy bien que no podías hacerlo sin pensar en la misión que emprendió en favor del Norte durante la Guerra Civil, pues recuerdo que expresaste tu vehemente indignación por la forma en que fue recibido por los más turbulentos de nuestros compatriotas. Sentías tan intensamente aquello que sabía que no podías pensar en Beecher sin rememorar también esa misión. Cuando, un momento después, vi tus ojos alejarse del retrato, sospeché que tu mente se había volcado hacia la Guerra Civil, y al observar que tus labios se apretaron, tus ojos centelleaban y tus manos se apretaban, estuve seguro de que realmente pensabas en la gallardía mostrada por ambos bandos en esa lucha desesperada. Pero entonces, de nuevo, tu rostro se ensombreció; negaste con la cabeza. Reflexionabas sobre la tristeza, el horror y la inútil pérdida de la vida. Tu mano se deslizó hacia tu vieja herida, y una sonrisa temblorosa apareció en tus labios, indicándome que el absurdo aspecto de este método de resolver cuestiones internacionales se había apoderado de tu mente. En ese punto coincidí contigo en que era absurdo, y me alegró comprobar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Absolutamente! —dije yo—. Y ahora que lo has explicado, confieso que estoy tan asombrado como antes.

—Fue muy superficial, querido Watson, te aseguro. No habría interrumpido tu atención si el otro día no hubieras mostrado cierta incredulidad. Pero la tarde trajo consigo una brisa. ¿Qué te parece dar un paseo por Londres?

Ya estaba harto de nuestra pequeña sala, y acepté de buen grado. Durante tres horas deambulamos juntos, observando el caleidoscopio siempre cambiante de la vida que fluye y refluye por Fleet Street y The Strand. Su característica forma de hablar, con su aguda observación del detalle y sutil poder de deducción, me

mantuvo entretenido y absorto. Eran las diez cuando regresamos a Baker Street. Un coche de caballos nos esperaba en la puerta.

—¡Hum! Veo que es un médico —dijo Holmes—. No lleva mucho en práctica, pero ha tenido bastante trabajo. ¡Ha venido a consultarnos, imagino! ¡Qué suerte que volvimos!

Conocía lo suficiente los métodos de Holmes como para seguir su razonamiento y ver que la naturaleza y el estado de los diversos instrumentos médicos en la cesta de mimbre que colgaba bajo la luz de la lámpara dentro del coche le habían proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz en nuestra ventana superior indicaba que esta visita tardía estaba destinada a nosotros. Con cierta curiosidad por saber qué podía haber provocado que un colega médico viniera a vernos a tal hora, seguí a Holmes hasta nuestro santuario.

Un hombre pálido, de rostro alargado y con barba de arena, se levantó de una silla junto al fuego al entrar. Su edad quizá no superaba los treinta o cuarenta años, pero su expresión demacrada y su tez enfermiza hablaban de una vida que había mermado su fuerza y le había robado la juventud. Su manera era nerviosa y tímida, como la de un caballero sensible, y la mano blanca y delgada que apoyó en la repisa al levantarse parecía la de un artista más que la de un cirujano. Su vestimenta era discreta y sombría: un abrigo negro, pantalones oscuros y un toque de color en la corbata.

—Buenas noches, doctor —dijo Holmes con entusiasmo—. Me alegra ver que no ha tenido que esperar muchos minutos.

—¿Habló con mi cochero, entonces?

—No, fue la vela sobre la mesita lo que me indicó su presencia. Por favor, recupere su asiento y dígame en qué puedo servirle.

—Me llamo doctor Percy Trevelyan —dijo nuestro visitante— y vivo en el 403 de Brook Street.

—¿No es usted el autor de una monografía sobre extraños padecimientos nerviosos? —pregunté.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron de placer al oír que conocía su obra.

—Tan raramente se menciona, que pensé que ya estaba olvidada —dijo—. Mis editores me dieron un informe desalentador sobre sus ventas. Usted, supongo, es médico, ¿no es así?

—Un cirujano del ejército retirado.

—Mi afición siempre ha sido la enfermedad nerviosa. Desearía poder especializarme en ello, pero, claro está, uno debe conformarse inicialmente con lo que se le presente. Eso, sin embargo, es lo de menos, señor Sherlock Holmes, y valoro enormemente su tiempo. La cuestión es que han ocurrido unos hechos muy singulares en mi casa de Brook Street, y esta noche se han intensificado hasta el punto de que me fue imposible esperar otra hora antes de solicitar su consejo y ayuda.

Holmes se sentó y encendió su pipa.

—Es un placer tenerle por aquí —dijo—. Por favor, cuénteme detalladamente las circunstancias que le perturban.

—Algunos de los hechos son tan triviales —dijo el doctor Trevelyan— que casi me avergüenza mencionarlos. Pero el asunto es tan inexplicable y el giro que ha tomado tan enrevesado, que se lo relataré todo y usted juzgará lo esencial de lo accesorio.

—Me veo en la obligación de comenzar hablando un poco de mi carrera universitaria. Soy egresado de la Universidad de Londres, y estoy seguro de que no me tomará a mal enaltecer mi propio rendimiento al decir que mis profesores consideraron que mi trayectoria estudiantil era muy prometedora. Tras graduarme, continué dedicándome a la investigación, ocupando un puesto menor en el Hospital del King's College, y tuve la fortuna de despertar un considerable interés con mis investigaciones sobre la patología de la catalepsia, lo que finalmente me valió el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre lesiones nerviosas a la que acaba de aludir su amigo. No estaría yendo demasiado lejos

si dijera que en aquel entonces se tenía la impresión general de que me esperaba una carrera distinguida.

—Pero el gran obstáculo era mi falta de capital. Como comprenderá, un especialista de ambición elevada se ve forzado a empezar en alguna de las muchas calles del barrio de Cavendish Square, todas las cuales acarrear enormes alquileres y gastos de amueblamiento. Además de ese desembolso inicial, debía estar preparado para mantenerme durante algunos años y para contratar un coche y un caballo presentables. Eso estaba totalmente fuera de mis posibilidades, y tan solo podía esperar que, mediante la economía, en diez años ahorrara lo suficiente para levantar mi consultorio. De repente, sin embargo, un incidente inesperado me abrió un horizonte completamente nuevo.

—Una mañana, un caballero de nombre Blessington, que para mí era un completo desconocido, visitó mi habitación y se lanzó de inmediato a los negocios.

—¿“Tú eres el mismo Percy Trevelyan que ha tenido tan distinguida carrera y ganó un gran premio recientemente?” —dijo él.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—“Respóndeme con franqueza,” continuó, “porque verás que es en tu interés hacerlo. Posees toda la inteligencia que hacen a un hombre exitoso. ¿Tienes la discreción?”

No pude evitar sonreír ante la brusquedad de la pregunta.

—“Confío en tener mi cuota,” respondí.

—“¿Algún mal hábito? ¿No te dejas llevar por el alcohol, verdad?”

—“¡En absoluto, señor!” exclamé.

—“¡Perfecto! Pero tenía que preguntar. Con todas esas cualidades, ¿por qué no ejerces en consultorio?”

Me encogí de hombros.

—“¡Venga, venga!” —dijo él con su manera vivaz—. “Es el mismo viejo cuento. Más cerebro que bolsillo, ¿eh? ¿Qué me dirías si te

pusiera en Brook Street?"

Lo miré asombrado.

—"¡Oh, es por mi bien, no por el tuyo!" —exclamó—. "Seré muy franco contigo, y si te conviene, a mí también me vendrá de maravilla. Tengo unos cuantos miles para invertir, ¿ves? Y creo que los invertiré en ti."

—"¿Pero por qué?" —jadeé.

—"Pues, es como cualquier otra especulación, y más segura que la mayoría."

—"¿Y qué se supone que debo hacer, entonces?"

—"Te lo diré. Yo me encargo de la casa, la amueblaré, pagaré a las criadas y administraré todo. Tú tan solo debes desgastarte en la sala de consultas. Te dejaré una mesada y todo lo demás. Luego me entregarás tres cuartas partes de lo que ganes, y conservarás la cuarta para ti."

Ese fue el extraño ofrecimiento, señor Holmes, con el que el señor Blessington se me acercó. No quiero aburrirle con los detalles de cómo negociamos y regateamos; todo concluyó con mi mudanza a la casa a partir del Día de la Señora, y con el inicio de mi práctica en condiciones prácticamente idénticas a las que él había sugerido. Él mismo pasó a vivir conmigo en calidad de paciente residente. Al parecer, su corazón era débil y necesitaba supervisión médica constante. Convirtió las dos mejores estancias de la planta alta en una sala de estar y dormitorio para sí mismo. Era un hombre de hábitos singulares, que evitaba la compañía y salía muy pocas veces. Su vida era irregular, pero en un aspecto era la personificación de la regularidad. Cada tarde, a la misma hora, se presentaba en la sala de consultas, revisaba los libros, depositaba cinco y tres peniques por cada guinea que yo ganaba, y se llevaba el resto a la caja fuerte en su propia habitación.

Puedo decir con confianza que nunca tuvo motivo para lamentar su inversión. Desde el principio fue un éxito. Algunos buenos casos y

la reputación que había ganado en el hospital me pusieron rápidamente en la primera línea, y durante los últimos años lo he hecho un hombre adinerado.

—Eso es todo, señor Holmes, sobre mi pasado y mis relaciones con el señor Blessington. Ahora solo me resta contarle lo que ha ocurrido y que me ha traído esta noche.

Hace algunas semanas el señor Blessington se presentó ante mí en un estado de agitación considerable, al parecer. Habló de un robo cometido, según él, en el West End, y recuerdo que se mostró innecesariamente exaltado al declarar que no pasaría un solo día sin que instalásemos cerrojos más fuertes en nuestras ventanas y puertas. Durante una semana permaneció en un estado de inquietud peculiar, espionando continuamente por las ventanas y abandonando el breve paseo que solía preceder a su cena. Por su porte deduje que estaba mortalmente aterrorizado de algo o de alguien, pero cuando lo interrogué al respecto se mostró tan ofensivo que me vi obligado a dejar el tema. Gradualmente, con el paso del tiempo, sus temores parecieron desvanecerse, y retomó sus antiguos hábitos, hasta que un nuevo suceso lo redujo al lamentable estado de prostración en que ahora se halla.

—Lo que sucedió fue lo siguiente. Hace dos días recibí la carta que ahora les leo. No llevaba dirección ni fecha.

“Un noble ruso, que actualmente reside en Inglaterra, desearía contar con la asistencia profesional del doctor Percy Trevelyan. Sufre desde hace algunos años de ataques catalepticos, sobre los cuales, como es bien sabido, usted es una autoridad. Propone pasar por su casa mañana a eso de las seis y cuarto, si le resulta conveniente.”

Esta carta me interesó profundamente, ya que la mayor dificultad en el estudio de la catalepsia es la escasez de la enfermedad. Podrán imaginar, pues, que me encontraba en mi sala de consultas cuando, a la hora señalada, apareció el botones con el paciente.

Era un hombre de avanzada edad, delgado, recatado y anodino —definitivamente no encajaba en la imagen que uno se forma de un

noble ruso. Sin embargo, me llamó mucho más la atención el aspecto de su acompañante. Se trataba de un joven alto, sorprendentemente apuesto, de rostro oscuro y fiero, y con extremidades y torso propios de un Hércules. Llevaba la mano bajo el brazo del mayor al entrar, ayudándole a acomodarse en una silla con una ternura que difícilmente se esperaría de alguien de su aspecto.

—Disculpe mi intromisión, doctor —dijo a mí, hablando en un inglés con ligera tartamudez—. Este es mi padre, y su salud me ocupa de la mayor importancia.

Conmovido por aquella filial preocupación, le propuse:

—¿Quizás le gustaría permanecer durante la consulta?

—¡De ningún modo! —exclamó, gesticulando con horror—. Me resulta más insoportable de lo que puedo expresar. Si llego a ver a mi padre sufrir uno de esos espantosos ataques, estoy convencido de que no lo soportaré. Mi propio sistema nervioso es extremadamente sensible. Con su venia, me quedaré en la sala de espera mientras usted atiende el caso de mi padre.

Por supuesto, asentí, y el joven se retiró. El paciente y yo nos sumergimos entonces en la discusión de su caso, del que tomé notas exhaustivas. No era un hombre particularmente inteligente, y sus respuestas resultaban a menudo oscuras, lo que atribuí a su limitado conocimiento de nuestro idioma. De repente, sin embargo, mientras yo escribía, dejó de responder a mis preguntas, y al volver mi atención hacia él me heló verlo sentado erguido en su silla, mirándome con un rostro absolutamente inexpresivo y rígido. Volvía a estar sometido a su misteriosa dolencia.

Mi primer sentimiento, como acabo de decir, fue de compasión y horror. El segundo, temo, fue de cierta satisfacción profesional. Tomé la nota del pulso y la temperatura de mi paciente, evalué la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No se hallaba nada marcadamente anormal en ninguna de estas condiciones, lo que concordaba con mis experiencias previas. Había obtenido buenos

resultados en casos así mediante la inhalación de nitrito de amilo, y el presente parecía una oportunidad excelente para probar sus virtudes. La botella estaba en mi laboratorio, abajo, así que dejando al paciente en su silla corrí a buscarla. Hubo un pequeño retraso en hallarla —digamos que fueron cinco minutos— y luego regresé. ¡Imagínese mi asombro al encontrar la sala vacía y al paciente desaparecido!

Por supuesto, lo primero que hice fue correr hacia la sala de espera. El hijo también se había ido. La puerta del vestíbulo estaba cerrada, pero no trabada. Mi botones, encargado de admitir a los pacientes, es un muchacho nuevo y nada rápido. Espera abajo y sube para mostrarles la salida cuando yo hago sonar el timbre de la sala de consultas. No había oído nada, y el asunto quedó envuelto en un completo misterio. El señor Blessington apareció poco después tras su paseo, pero yo no le mencioné nada sobre ello, pues, a decir verdad, últimamente he procurado mantener la menor comunicación posible con él.

Jamás pensé volver a ver algo del ruso y su hijo, así que podrán imaginar mi asombro cuando, a la misma hora de esta noche, ambos irrumpieron marchando en mi sala de consultas, tal como lo habían hecho antes.

—Siento deberle muchas disculpas por mi abrupta partida de ayer, doctor —dijo el paciente.

—Confieso que me sorprendió sobremanera —dije yo.

—La verdad es —comentó él— que, cuando me recupero de estos ataques, mi mente se nubla respecto a lo ocurrido. Me desperté en una habitación extraña, o eso me pareció, y salí a la calle de modo aturdido durante su ausencia.

—Y yo —dijo el hijo—, al ver a mi padre cruzar la puerta de la sala de espera, pensé naturalmente que la consulta había terminado. No fue hasta llegar a casa que empecé a comprender la verdadera situación.

—Bueno —dije yo, riendo—, no pasa de ser que me dejaron perplejo; así que, si fueran tan amables de acompañarme a la sala de espera, con gusto reanudaré la consulta que se interrumpió tan abruptamente.

Durante unos treinta minutos, discutí los síntomas del anciano con él y, tras recetarle algo, lo vi marcharse acompañado del brazo de su hijo.

Como ya les dije, el señor Blessington solía escoger esta hora del día para su ejercicio. Llegó poco después y subió. Un instante después lo oí correr de nuevo, irrumpiendo en mi sala de consultas como un hombre al borde del delirio.

—¿Quién ha entrado en mi sala? —exclamó.

—Nadie —respondí.

—¡Eso es mentira! —gritó—. ¡Suban y miren!

Hice caso de la grosería de su lenguaje, pues parecía al borde de la desesperación. Cuando subí con él, señaló unas huellas en la alfombra clara.

—¿Quieres decir que esas son mías? —exclamó.

Evidentemente, eran mucho más grandes de lo que él pudiera haber dejado, y estaban fresquísimas. Esta tarde llovió intensamente, como ya sabrán, y mis pacientes fueron las únicas personas que se presentaron. Debió ocurrir, pues, que el hombre que estuvo en la sala de espera, por alguna razón desconocida, mientras yo atendía al otro, subió a la habitación de mi paciente residente. Nada había sido tocado ni sustraído, pero las huellas eran la prueba indudable de que hubo una intrusión.

El señor Blessington parecía más alterado por el asunto de lo que hubiera imaginado posible, aunque, por supuesto, bastaba para perturbar la tranquilidad de cualquiera. Llegó a sentarse, llorando en un sillón, y me costó conseguir que hablara coherentemente. Fue a sugerirme que acudiera a usted, y de inmediato vi lo apropiado de ello, pues ciertamente el incidente es muy singular, aunque él parece

sobrevalorar completamente su importancia. Si tan solo me acompañara de regreso en mi coche, al menos podría apaciguarlo, aunque dudo que usted pueda explicar esta extraordinaria ocurrencia.

Holmes escuchó este largo relato con una concentración que me demostró que su interés estaba intensamente despertado. Su rostro seguía imperturbable, pero sus párpados caían con mayor pesadez y el humo se arremolinaba más denso de su pipa, enfatizando cada episodio curioso del relato del doctor. Cuando nuestro visitante concluyó, Holmes se levantó de inmediato sin pronunciar palabra, me pasó mi sombrero, tomó el suyo de la mesa y siguió al doctor Trevelyan hasta la puerta. En unos quince minutos ya nos habían dejado en la puerta de la residencia del médico en Brook Street, de esas casas sobrias y de aspecto inexpresivo que se asocian con una consulta del West End. Un botones nos admitió, y comenzamos enseguida a subir por la amplia escalera alfombrada.

Pero una singular interrupción nos detuvo. La luz en el último piso se apagó de repente, y de la oscuridad se oyó una voz fina y temblorosa:

—Tengo una pistola. Les doy mi palabra de que dispararé si se acercan más.

—Esto se vuelve realmente intolerable, señor Blessington —exclamó el doctor Trevelyan.

—¡Ah, entonces es usted, doctor! —dijo la voz, con un gran suspiro de alivio—. ¿Pero esos otros caballeros, son quienes dicen ser?

Percibimos una larga mirada desde la penumbra.

—Sí, sí, está todo en orden —dijo la voz finalmente—. Pueden subir, y lamento si mis precauciones les han molestado.

Relitó la escalera de gas mientras hablaba, y ante nosotros apareció un hombre de aspecto singular, cuya apariencia, al igual que su voz, evidenciaba nerviosismo extremo. Era muy corpulento,

aunque aparentemente en otro tiempo había sido aún más, de modo que la piel le colgaba en flojos pliegues, semejantes a las mejillas de un sabueso. Su tez era enfermiza, y su delgado cabello ceniciento parecía erguirse con la intensidad de su emoción. En la mano sostenía una pistola, pero la metió en el bolsillo conforme nos acercábamos.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo—. Estoy seguro de que le debo mucho por haber venido. Nadie ha necesitado su consejo tanto como yo. Supongo que el doctor Trevelyan le ha puesto al tanto de esta intrusión tan injustificada en mis habitaciones.

—Exactamente —dijo Holmes—. ¿Quiénes son esos dos hombres, señor Blessington, y por qué insisten en molestarlo?

—Bueno, bueno —dijo el paciente, con tono nervioso—, claro que resulta difícil expresarlo. No pueden esperar que lo responda, señor Holmes.

—¿Quiere decir que ni usted lo sabe?

—Pasen, por favor. Tengan la bondad de acompañarme.

Él nos condujo a su dormitorio, que era espacioso y estaba cómodamente amueblado.

—¿Lo ven? —dijo, señalando una gran caja negra al pie de su cama—. Nunca he sido un hombre muy adinerado, señor Holmes —solamente hice una inversión en mi vida, como bien dirá el doctor Trevelyan—. Pero no confío en los banqueros. Jamás depositaría mi confianza en uno, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo está en esa caja, por lo que comprenderán lo que significa para mí cuando desconocidos se entrometan en mis aposentos.

Holmes miró a Blessington con aquella expresión inquisitiva y negó con la cabeza.

—No puedo aconsejarle nada si intenta engañarme —dijo.

—Pero ya le he contado todo.

Holmes se dio la vuelta con gesto de disgusto.

—Buenas noches, doctor Trevelyan —dijo.

—¿Y para mí no hay consejo? —exclamó Blessington con voz quebrada.

—Mi consejo para usted, señor, es que diga siempre la verdad.

Un minuto después ya estábamos en la calle y caminando hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y estábamos a mitad de Harley Street cuando logré decir algo a mi compañero.

—Lamento haberle sacado en esta misión tan absurda, Watson —dijo al fin—. Al fondo, es un caso interesante.

—No logro entenderlo —confesé.

—Pues es evidente que hay dos hombres —quizá más, pero al menos dos— decididos, por alguna razón, a llegar a este pobre Blessington. No tengo ninguna duda de que tanto en la primera como en la segunda ocasión aquel joven penetró en la habitación de Blessington, mientras que su cómplice, mediante un artilugio ingenioso, impidió que el doctor interviniera.

—¿Y la catalepsia?

—Una imitación fraudulenta, Watson, aunque dudo en atrevérmelo a sugerirle a nuestro especialista. Es una dolencia muy fácil de simular. Yo mismo lo he imitado.

—¿Y luego?

—Por pura casualidad, Blessington se encontraba ausente en ambas ocasiones. La razón por la que eligieron tan insólita hora para la consulta fue, evidentemente, para asegurarse de que no hubiera ningún otro paciente en la sala de espera. Sin embargo, resultó que esa hora coincidía con la hora habitual de Blessington, lo que demuestra que no estaban muy familiarizados con su rutina diaria. Por supuesto, si únicamente buscaban un botín, al menos habrían intentado localizarlo. Además, puedo leer en los ojos de un hombre cuando teme por su propia piel. Es inconcebible que este sujeto haya engendrado dos enemigos tan vengativos sin ser consciente de

ello. Por ello, estoy seguro de que él sabe quiénes son esos hombres, y que, por razones propias, lo oculta. Es posible que mañana se muestre más comunicativo.

—¿No existe una alternativa —sugería yo—, grotescamente improbable, sin duda, pero aun así concebible? ¿Podría toda la historia del ruso catalepto y su hijo ser una invención del doctor Trevelyan, quien, para sus propios fines, se habría metido en las habitaciones de Blessington?

Vi en la luz de gas que Holmes esbozaba una sonrisa divertida ante tan brillante observación.

—Querido amigo —dijo—, fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero pronto pude corroborar el relato del doctor. Este joven dejó huellas en la alfombra de la escalera que hicieron innecesaria mi petición de ver las que dejó en la habitación. Cuando le dije que sus zapatos tenían la punta cuadrada en lugar de puntiaguda como los de Blessington, y que medían, por lo menos, una pulgada y un tercio más que los del doctor, usted reconocerá que no cabe duda sobre su individualidad. Pero dejemos el asunto por ahora, pues me sorprenderé si mañana no oigo algo más desde Brook Street.

La profecía de Holmes se cumplió pronto, y de manera dramática. A las siete y media de la mañana, en el primer destello del alba, lo encontré junto a mi cama, vestido con bata.

—Watson, nos espera un coche —dijo.

—¿Qué ocurre, entonces?

—El asunto de Brook Street.

—¿Alguna noticia nueva?

—Trágica, pero ambigua —dijo, subiendo la persiana—. Mira esto: una hoja arrancada de un cuaderno, en la que se ha garabateado "Por el amor de Dios, ven de inmediato —P. T." con lápiz. Nuestro amigo, el doctor, se vio muy apurado al escribirlo. Anda, querido amigo, que es una llamada urgente.

En unos quince minutos regresamos a la casa del médico. Salió corriendo a recibirnos con el rostro hecho una mueca de horror.

—¡Qué situación tan lamentable! —exclamó, llevándose las manos a las sienes.

—¿Y qué sucede?

—¡Blessington se ha suicidado!

Holmes silbó.

—Sí, se ahorcó durante la noche.

Habíamos entrado, y el doctor ya nos había adelantado a lo que evidentemente era su sala de espera.

—Realmente no sé qué hacer —exclamó—. La policía ya está arriba. Esto me ha conmovido profundamente.

—¿Cuándo se enteró?

—Él solía tomarse una taza de té cada mañana. Cuando la criada entró, cerca de las siete, allí encontró al desafortunado colgado en el centro de la sala. Había atado su soga al gancho donde solía colgar la pesada lámpara, y se había lanzado desde lo alto de esa misma caja que nos mostró ayer.

Holmes se quedó un momento sumido en profundos pensamientos.

—Con su permiso —dijo al fin—, me gustaría subir y examinar el asunto.

Subimos los tres, acompañados por el doctor.

Lo que encontramos al abrir la puerta del dormitorio fue una escena espantosa. Ya había comentado la impresión de flacidez que aquel hombre Blessington transmitía. Al colgarse del gancho, aquella apariencia se acentuaba hasta el punto de resultar casi inhumano. Su cuello se estiraba como el de un pollo desplumado, haciendo que el resto de su cuerpo pareciera aún más obeso y antinatural por el contraste. Estaba vestido únicamente con su camisón largo, y sus

tobillos hinchados y pies desgarrados sobresalían sin remedio por debajo. Junto a él se hallaba un inspector de policía de aspecto elegante, tomando notas en una libreta.

—Ah, señor Holmes —saludó el inspector con entusiasmo al ver entrar a mi amigo—. Me complace verlo.

—Buenos días, Lanner —respondió Holmes—. Seguro que no me considerará un intruso. ¿Ha oído hablar de los hechos que precedieron a este suceso?

—Sí, he oído algo.

—¿Ha formado alguna opinión?

—Según veo, el hombre perdió la razón por el miedo. La cama ha sido bien usada, ¿sabe? Tiene su marca bastante profunda. Aproximadamente a las cinco de la mañana, ya sabe, es cuando ocurren la mayoría de los suicidios. Esa debió ser la hora en que se colgó. Todo indica que fue un acto muy premeditado.

—Diría que llevaba muerto unas tres horas, por la rigidez de sus músculos —comenté.

—¿Notó algo peculiar en la habitación? —preguntó Holmes.

—Encontré un destornillador y algunos tornillos sobre el lavamanos. Parece que fumó bastante durante la noche. Aquí tengo cuatro restos de cigarros que recogí de la chimenea.

—¡Hum! —dijo Holmes—. ¿Tiene el portacigarros?

—No, no lo he visto.

—¿Su estuche, entonces?

—Sí, estaba en el bolsillo de su abrigo.

Holmes lo abrió y olió el único cigarro que contenía.

—Ah, esto es un habano, y los otros cigarros son de esos especiales que importan los holandeses de sus colonias orientales. Normalmente se envuelven en paja, ¿sabe?, y son más delgados en

proporción a su longitud que cualquier otra marca —comentó, tomando los cuatro restos y examinándolos con su lupa de bolsillo.

—Dos de ellos han sido fumados con portacigarros y dos sin él —dijo—. Dos han sido cortados con un cuchillo poco afilado y dos han tenido las puntas mordidas por dientes excelentes. Esto no es un suicidio, señor Lanner. Es un asesinato meticulosamente planeado y frío como la sangre.

—¡Imposible! —exclamó el inspector.

—¿Y por qué?

—¿Por qué alguien asesinaría a un hombre de una forma tan torpe como ahorcarlo?

—Eso es lo que debemos averiguar.

—¿Cómo pudieron entrar?

—Por la puerta principal.

—Estaba asegurada en la mañana.

—Entonces, la aseguraron tras ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi sus huellas. Permítanme un momento, y quizás pueda darles más información.

Se acercó a la puerta, y tras girar la cerradura la examinó de manera metódica. Luego sacó la llave, que estaba en el interior, y la inspeccionó también. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa, el cadáver y la sogá fueron examinados, uno tras otro, hasta que finalmente se mostró satisfecho. Con mi ayuda y la del inspector, cortó el maldito objeto y lo colocó reverentemente bajo una sábana.

—¿Qué me dice de esta sogá? —preguntó.

—Se ha cortado de esta manera —dijo el doctor Trevelyan, sacando un gran rollo de debajo de la cama—. Él era excesivamente neurótico con el fuego y siempre la tenía a mano, por si necesitaba escapar por la ventana en caso de incendio en las escaleras.

—Eso debió ahorrarles trabajo —comentó Holmes pensativo—. Sí, los hechos son muy claros, y me sorprenderé si para esta tarde no puedo explicarles también las razones. Tomaré esta fotografía de Blessington, que veo en la repisa, ya que podría ayudarme en la investigación.

—¡Pero usted no nos ha contado nada! —exclamó el doctor.

—No cabe duda alguna sobre la secuencia de los hechos —dijo Holmes—. En ella hubo tres participantes: el joven, el anciano y un tercero, cuya identidad desconozco. Los dos primeros, apenas vale la pena decirlo, son los mismos que se hicieron pasar por el conde ruso y su hijo, por lo que podemos describirlos con lujo de detalles. Fueron admitidos por un cómplice desde el interior de la casa. Si me permiten un consejo, inspector, le sugeriría arrestar al botones, quien, según tengo entendido, acaba de incorporarse a su servicio, doctor.

—El mocoso no se encuentra —dijo el doctor Trevelyan—; la criada y el cocinero ya lo están buscando.

Holmes se encogió de hombros.

—Ha desempeñado un papel no menor en este drama —comentó—. Los tres subieron las escaleras de puntillas: primero el anciano, luego el joven y, al final, el desconocido.

—¡Querido Holmes! —exclamé yo.

—No cabe duda de que las huellas se superponen. Tuve la oportunidad de discernir cuáles eran cada una anoche. Ellos subieron a la habitación de Blessington, cuya puerta encontraron cerrada. Con la ayuda de un alambre, forzaron la cerradura de la llave. Incluso sin mi lupa podrán ver, por los arañazos en este panel, dónde se aplicó presión.

—Al entrar, lo primero que debieron hacer fue amordazar a Blessington. Quizás dormía, o tal vez estaba tan paralizado por el terror que no pudo gritar. Estos muros son gruesos, y es concebible que su grito, de haber tenido tiempo de emitirlo, no se oía.

—Habiéndolo sujetado, es evidente para mí que se llevó a cabo algún tipo de consulta. Probablemente fue algo parecido a un procedimiento judicial. Debió haber durado un buen rato, pues fue entonces cuando se fumaron esos cigarros. El anciano se sentó en aquella silla de mimbre; fue él quien usó el portacigarros. El joven se sentó allá; él se sacudió la ceniza contra la cómoda. El tercer sujeto caminaba de un lado a otro. Blessington, creo, permaneció sentado erguido en la cama, pero de eso no puedo estar absolutamente seguro.

—Bien, concluyó llevándose a Blessington y ahorcándolo. Todo estuvo tan preestablecido que creo que trajeron consigo algún tipo de bloque o polea que sirviera de soga para la horca. Ese destornillador y esos tornillos, a mi entender, eran para montarlo. Al ver el gancho, naturalmente se ahorraron ese esfuerzo. Terminada su labor, se marcharon, y su cómplice se encargó de asegurar la puerta tras ellos.

Todos escuchamos con profunda atención este resumen de lo acontecido durante la noche, que Holmes había deducido a partir de señales tan sutiles y minuciosas que, aun cuando él nos las explicaba, apenas podíamos seguir su razonamiento. El inspector se apresuró de inmediato a interrogar al botones, mientras Holmes y yo regresábamos a Baker Street para desayunar.

—Estaré de regreso a las tres —dijo cuando terminamos la comida —. Tanto el inspector como el doctor se encontrarán conmigo aquí a esa hora, y espero haber despejado para entonces cualquier pequeña duda que el caso aún presente.

Nuestros visitantes llegaron a la hora señalada, pero no fue sino hasta las cuatro menos cuarto cuando mi amigo apareció. Por la expresión de su rostro, pude notar que todo había salido bien para él.

—¿Alguna noticia, inspector?

—Hemos detenido al muchacho, señor.

—¡Excelente, y yo he captado a los hombres!

—¡Los ha captado usted! —exclamamos los tres.

—Bueno, al menos ya conozco su identidad. Este tal Blessington es, como sospechaba, muy conocido en la sede, al igual que sus agresores. Se llaman Biddle, Hayward y Moffat.

—La banda del banco de Worthingdon —exclamó el inspector.

—Precisamente —dijo Holmes.

—Entonces, Blessington debió ser Sutton.

—Exactamente —afirmó Holmes.

—¡Vaya, eso lo deja clarísimo! —dijo el inspector.

Pero el doctor Trevelyan y yo nos miramos perplejos.

—Seguramente recordarán el gran robo al banco de Worthingdon —continuó Holmes—. Eran cinco hombres en total: esos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Tobin, el celador, fue asesinado, y los ladrones se quedaron con setecientas libras. Eso fue en 1875. Arrestaron a los cinco, pero las pruebas contra ellos no fueron concluyentes. Este Blessington o Sutton, que fue el peor del grupo, se convirtió en delator. Con su testimonio, colgaron a Cartwright y los otros tres recibieron quince años cada uno. Cuando salieron de prisión, hace algunos años antes de cumplir su condena completa, se propusieron, como comprenderán, cazar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Intentaron en dos ocasiones alcanzarlo y fracasaron; a la tercera, como ven, lo consiguieron. ¿Hay algo más que pueda aclarar, doctor Trevelyan?

—Creo que lo ha dejado todo clarísimo —dijo el doctor—. Sin duda, el día en que se perturbó fue el mismo en que vio en los periódicos la noticia de su liberación.

—Exacto. Su alusión a un robo fue el pretexto más insignificante.

—¿Pero por qué no le dijo la verdad?

—Bueno, mi querido señor, sabiendo el carácter vengativo de sus antiguos asociados, él trató de ocultar su verdadera identidad el mayor tiempo posible. Su secreto era una vergüenza, y no pudo

consigo revelarlo. Sin embargo, por miserable que fuese, aún vivía bajo el amparo de la ley británica, y no tengo duda, inspector, de que verá que, aunque ese amparo pueda fallar, la espada de la justicia sigue allí para vengar.

Esas fueron las singulares circunstancias en torno al Paciente Residente y el Doctor de Brook Street. Desde aquella noche, la policía no ha vuelto a ver a los tres asesinos, y se sospecha en Scotland Yard que se encontraban entre los pasajeros del fatídico vapor Norah Creina, perdido hace algunos años con toda la tripulación en la costa portuguesa, a unas leguas al norte de Oporto. El proceso contra el botones se desintegró por falta de pruebas, y el Misterio de Brook Street, como se le conoce, no ha sido hasta ahora tratado en su totalidad en ninguna publicación.

FIN

1. [El paciente interno - Arthur Conan Doyle](#)
2. [El paciente interno](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB